

ALFAGUARA


Gonzalo Suárez

Las fuentes del Nilo

Preludio

Empecé buscando las fuentes del Nilo en la biblioteca de mi padre. También buscaba la ballena blanca en el pasillo de casa. Eran tiempos de posguerra. Pero la imaginación me abría las compuertas de un mundo alternativo que hacía posible afrontar la vida sin sentirme sometido. No encuentro proclama más altisonante para expresar mi deseo de escabullirme ante los primeros embates de la existencia. Como todos los niños, me creía capaz de inventar el entorno a la medida de mis sueños. Así empezó todo. Me hice explorador de recónditos territorios. Las palabras eran los pasos que precedían al recorrido a través de selvas y mares ficticios tan auténticos como los de verdad.

Tardé en saber que eso se llamaba literatura y que, si bien suplantaba momentáneamente el mísero contexto, no lo modificaba. La llamada realidad siempre tenía la última palabra. También tardé en comprender que la pincelada en un lienzo no conseguía detener el tiempo, aunque el arte de la pintura suscitara, en ocasiones, atisbos de eternidad. Tampoco el dolor fingido en un escenario evitaba el dolor real, ni la fama protegía de la adversidad. Me propuse entonces ver y vivir la vida cara a cara. En vano. Necesitaba reconvertirla en relato, conferirle estructura y, en mi fuero interno, ponerle música de fondo, como en las películas. Pero, paradójicamente, no quería falsificarla.

Opté por escribir libros que asumieran su condición real. Es decir, no serían verdades de mentira sino mentiras de verdad, cosas que ocurrían porque se me ocurrían y que, petulantemente, traté de homologar como género y di en llamar acción ficción. Opinaba que las obras maestras y sus sucedáneos nos amueblaban la casa, pero los llamados géneros menores nos abrían las ventanas. No voy a entrar en diatribas que

requerirían un simposio al borde del mar. Pero, por ejemplo, la criatura de Frankenstein, aun reciclada con fracciones de muerto, permanece más viva que madame Bovary y, del brazo de Mister Hyde o del perclitado Tarzán de los Monos, deambula por nuestra memoria colectiva sin requerir que nos adentremos en las páginas de un libro.

Paradójicamente, el carácter visionario y premonitorio de Mary Shelley, como el del consabido Verne o tantos otros autores de ficción, requería cierta persuasiva retórica descriptiva que me distanciaba del acto de una escritura como acontecer en sí misma, como aventura donde imágenes y peripecias brotan de las palabras y proponen una lúdica andadura aparentemente liberada de contexto pero no exenta de la lógica del juego. Ni del peligro. Se corre, por supuesto, el riesgo de que el bosque no nos deje ver el árbol y de que, a la manera de un personaje de Conrad, o como Pulgarcito, al perder las referencias, perdamos la pista del regreso a casa. O la llamada identidad. Pero, ¿no es esa, precisamente, la premisa de toda auténtica aventura? Desembarazarse del entorno y de sí mismo para tratar de vislumbrar las fuentes de un Nilo que nadie ha encontrado. Ni encontrará. Estas páginas tatuadas con tinta conforman un mapa de letras que conducen, con perdón, al lugar de donde proceden las huellas que preceden al paso. Pero todo especialista en fugas o explorador extraviado debería recordar que no existe justificación teórica ni poética encubridora para un acto literario si carece del único sentido que, en última instancia, le puede dar algún sentido: el sentido del humor. No me refiero a provocar la risa, aunque sea un saludable proceder, tampoco a resultar ingenioso, aunque pueda accidentalmente darse el caso, sino a una visión global, de óptica gran angular, que abarca el entorno y a nosotros mismos, como le sucede al niño antes de descubrir el yo y limitar la perspectiva a un punto de vista personal. Al respecto, contaré un recuerdo de infancia.

A los cuatro años y en plena guerra, me enviaban a la escuela de un pueblo próximo a Cartagena porque daban un panecillo. La escuela era una sombría dependencia de la iglesia.

Durante los bombardeos, el maestro nos sacaba del aula y, como medida protectora, nos mantenía alineados con la espalda pegada al muro, como si nos fueran a fusilar. Ajenos a las bombas que, a pocos kilómetros, caían sobre la ciudad, los alumnos aprovechaban para hacer pis al aire y comprobar quién llegaba más lejos. Yo lo veía todo desde fuera de mí: la iglesia, los niños, las bombas y a mí mismo, a distancia cenital. Y, al finalizar la clase, la visión persistía cuando los otros chicos, mayores que yo, me perseguían para comerme el panecillo y se burlaban porque, al correr, me daba con los talones en el culo. Conservo nítido el recuerdo a vista de pájaro en vuelo. Ese estupor primigenio es el aura del humor: un espacio en el que irónicamente uno se ve a sí mismo espoliéndose las nalgas desde algún lugar en ninguna parte que te convierte, al tiempo, en observador y personaje. Me temo que estas elucubraciones metafóricas no son una aportación imprescindible para una sarta de relatos que no requieren sino la disponibilidad del lector y su desprejuiciada lectura. El primero de ellos, «De cuerpo presente», es un divertimento pop *avant la lettre* que, al parecer, supuso en su día un saludable contrapunto a la monotemática naturalista. Como significativa anécdota de su acogida comercial, la editorial (Luis de Caralt, Barcelona, 1963) envió ochenta ejemplares para su distribución en Madrid y devolvieron 81. Sólo me resta desear que el presente volumen, donde se reencuentra buena parte de mi obra literaria, corra mejor fortuna por selvas y librerías en su denodada búsqueda de las fuentes del Nilo.

GONZALO SUÁREZ

De cuerpo presente

A John James Nelson Braine

I. Aún no me habéis matado

Estoy perfectamente muerto.

No puedo mover ni un dedo, ni una ceja. Siento la lengua, fría e inmóvil, pegada al paladar.

Debo estar tendido, tieso, quizá con las manos beatíficamente unidas sobre el pecho. Ya no soy yo. No soy nada. Estoy muerto. Definitiva, irremisiblemente muerto.

Y sin embargo...

Sin embargo, no me resigno. Me resisto a creer que yo (¡precisamente yo!) haya podido morirme así, tan tontamente, para siempre.

No obstante, me guste o no, debo ir acostumbrándome a la idea de que ya no soy más que un vulgar cadáver. Y no tardarán en enterrarme, y colocarme encima una pesada lápida para que no pueda escapar:

«Aquí yace Nelson Braine. Fue un buen chico.»

Es evidente que la perspectiva no me entusiasma. Y por eso intento, aunque sea absurdo, emerger, volver a flote, a la superficie.

Todo en vano.

Estoy muerto, ya lo he dicho antes. Y los muertos ni siquiera deseamos volver a la vida. Porque no somos capaces de pensar. Esto es importante: «Los muertos no piensan». Ya lo dijo Descartes: «Pienso, luego existo». Es decir: «Pienso, luego no estoy muerto».

¡Pero yo pienso! ¡TODAVÍA pienso!

Acabo de hacer un maravilloso descubrimiento: si pienso es que no estoy tan muerto como yo creía. Si no estoy tan muerto como yo creía...

¡Qué me ocurre? ¡Sueño! ¡Maldita sea! Quiero moverme y... ¡no puedo! Quiero hablar y... ¡no consigo despegar los labios!

Pero pienso. No todo se ha perdido: PIENSO.

Veamos. Tratemos de recordar. Hagamos un esfuerzo. ¡Si al menos recordase el color del traje que tenía puesto cuando...!

Siento un ligero cosquilleo en la punta de los dedos de las manos y en la punta de los dedos de los pies. Es un cosquilleo apenas perceptible, una sensación sin importancia para los vivos, pero suficiente para mitigar la melancolía de cualquier muerto.

¿Qué traje tenía puesto cuando...? ¿Cuándo? Cuando...
¿Qué? ¡Ah! ¡Ya! ¡Cuando me liquidaron!

Porque no cabe duda de que me liquidaron.

El cosquilleo, como si una legión de hormigas desfilase por mi sistema circulatorio, se propaga por brazos y piernas y se acentúa en el pecho.

Ahora estoy convencido: si hago un esfuerzo más, volveré a vivir. ¡Hasta empiezo a sentir cómo me pesa la cabeza sobre la almohada! ¡Vamos Nelson! Un esfuerzo más y...

¿Pero quién diablos me ha sacado el billete para el otro mundo sin pedirme antes permiso? Conozco la agencia de viajes, se llama Barlow y Cía. Creo que empiezo a orientarme en las tinieblas de la muerte. Y ya me encuentro mucho mejor.

Y recuerdo. Y mi intuición de difunto me aconseja permanecer inmóvil a cualquier precio, quietecito, como conviene a un buen muerto... sobre todo si, como yo, quiere seguir estando vivo.

El oído es el primer sentido que se recupera antes de despertar. Con los muertos que resucitan, ya puedo asegurarlo, ocurre igual.

Yo, por ejemplo, acabo de oír algo. Primero, todo resulta muy confuso. Diríase que gran cantidad de agua hierva en mi cabeza. Después, la cosa cambia. Oigo con claridad. ¡Con excesiva claridad!

—¡Ya estoy harto de velar a este imbécil! —dice una voz que no me es desconocida.

—Paciencia, Joe. No pueden tardar en venir los del ataúd...

—Supongo que no debemos temer complicaciones.

—Ninguna. El doctor ha certificado la defunción. Se trata, ya lo sabéis, de muerte natural...

—Natural cuando alguien intenta traicionar a sus compañeros —precisa una voz de mujer. Es ella, Mairin.

—Éste será un entierro normal, como si el muchacho se hubiera atragantado con una espina de pescado.

—Era de naturaleza frágil —comenta Joe. Y Mairin suelta una de sus cristalinas carcajadas. Hay que reconocer que todo esto tiene mucha gracia. Y si yo no me río es sin duda porque el sentido del humor de los difuntos resulta menos amplio.

—¡Miradle! ¡Pobre idiota! ¡Se pasó de listo!

Y todos vuelven a reír. Yo no.

Si se me mueve un pelo, estoy perdido.

—Parece que nuestro fiambre tiene mejor color —observa Barlow.

Me estremezco.

—¡Cuánta imaginación! —exclama Mairin—. Sigue teniendo la misma cara de cirio. Con las píldoras que se ha tragado había dosis suficiente para hacer dormir a un camello doce sueños eternos sin pestañear.

Agradezco a Mairin sus palabras y difícilmente contengo un suspiro de alivio.

Oigo el tic-tac del reloj de pared.

Joe se rasca.

Mairin estornuda.

Un penetrante, dulzón e insopitable, olor a flores me cosquillea en la nariz.

Mairin vuelve a estornudar.

—Los muertos me dan alergia —dice. Y sale de la habitación.

Yo también voy a estornudar. Resisto. ¿Estornudo? ¿No estornudo?

Llaman a la puerta.

Es una llamada respetuosa, de alguien que sabe que hay un muerto en la casa. Después, un crujido y un golpe me anuncian la llegada del ataúd.

Uno de los de la funeraria dice:

—¿Vamos a enterrarlo así, en pijama?

—Fue su última voluntad —anuncia con énfasis Joe.

¡Ya recuerdo qué traje llevaba puesto! ¡El pijama, naturalmente! ¡Y estos sinvergüenzas ni siquiera se habían tomado la molestia de vestirme!

«Peor hubiera sido estar amortajado», pienso. Y me consuelo. Tendré que escapar en pijama y ello complicará la fuga, pero cosas más indecentes he hecho sin que me pongan ninguna multa por atentar contra el pudor.

—Manos a la obra —dice uno de los hombres. Y, al parecer, «la obra» soy yo.

Me cogen por los pies y por los hombros. Procuro mantenerme rígido como una tabla.

¡Clac! Ya me han depositado en el ataúd. Estrecho y poco mullido. La gente que habla de «eterno descanso» no sabe lo que dice. Los invitaba de buena gana a dormir todas las noches en un baúl.

—¡No cierren la tapa! —grita Mairin. Y entra en la habitación lloriqueando. Apuesto diez contra uno a que se ha vestido de luto.

—Perdone, señora. Creímos que...

—¡Quiero verle por última vez! ¡Me quedo tan sola! ¡Tan desgraciada!

«Desgraciada», pienso yo. Y, entre los párpados entornados, veo a Mairin que llora sin lágrimas sobre mí. Enternecedor.

—¡Amor mío! —dice ella—. ¡Siempre te seré fiel!

«¡Víbora!», pienso. Y también pienso otras cosas que no les digo.

—¡Oh, amor mío! ¡Ya te vas para no volver!

«Canalla», pienso. Pero me callo. Es preciso tener cautela y no echarlo todo a rodar.

—¡Mi cielo! ¡Mi estrella! ¡Mi hombre!

Y, de pronto, coge una de mis manos y la besa. No esperaba esto, la verdad. Después me zarandea, fingiendo un ataque de histeria.

—¡No! ¡No podréis separarme de él!

Pero sí, pueden.

La separan de mí, y mi cabeza cae pesadamente sobre las tablas: ¡Cloc!

Apenas me he repuesto del golpe, cuando tengo de nuevo a Mairin encima. Opino que sus esfuerzos son ya superfluos. Los encargados de la funeraria no ponen en duda la sinceridad de su dolor. ¿A qué viene prolongar la comedia?

De improviso, siento que tengo algo en la mano. Un objeto. Una llave. ¿De dónde he sacado esta llave?

Mairin solloza ruidosamente, y entre sollozo y sollozo, inclinándose sobre mi rostro, susurra:

—Avenida Rawlins, número veinticinco, octavo piso, letra C. Recuérdalo: letra C.

Abro los ojos. Me ve. La veo. También veo a Joe que se acerca. Cierro los ojos. Y trato de poner en orden mis ideas.

—Vamos, Mairin —dice Barlow, apartando a la mujer del ataúd—. ¡Déjalo ya! Son cosas de la vida, Mairin. ¡Todos hemos de morir! ¡Verdad, señores?

Los de la funeraria asienten.

—Cosas de la vida —dicen incluso, para dar a entender que se hacen cargo de la dolorosa circunstancia. Y, sin más ceremonias, cierran la tapa: ¡Clac!

Y después se oye: ¡Clic! ¡Clic!

¡Ya estoy cazado!

Me instalo lo más cómodamente que puedo. Imagino que soy un cosmonauta. Y esta idea me tranquiliza. Esperemos tan sólo que el viaje no se prolongue más de la cuenta y el aterrizaje sea feliz.

La caja se pone en movimiento. Estos tipos de la funeraria no tienen ninguna consideración con los difuntos. Se mueven con brusquedad, tienen prisa. Quieren despacharme pronto. Ya estamos en la calle. Afortunadamente, la caja fúnebre no es de las mejores. Conserva un saludable olor a pino y varias rendijas que permiten respirar sin agobio. El espíritu ahorrativo de Joe es para mí una bendición.

Me colocan en el coche: ¡Clac! ¡Cloc! ¡Rasss!

Los ruidos familiares de la ciudad resuenan en mis oídos como un maravilloso canto a la vida.

Algo cae sobre mi ataúd: ¡Plof! Debe de ser una hermosa corona de flores. Dentro de su habitual ruindad, Joe ha querido hacer las cosas bien. No falta ni un detalle. Tengo un buen entierro. Un entierro sencillo, barato, de hombre honrado. Puedo darme, en verdad, por satisfecho.

El coche fúnebre se pone en marcha. Imagino que Barlow, Joe y Mairin me seguirán en el más modesto de sus automóviles.

Empiezo a moverme en la caja. Me desentumezco. Compruebo que estoy bastante débil: me zumban los oídos, me duelen las piernas y experimento una asfixiante presión en el pecho. Por lo demás, bien.

El coche fúnebre toma una curva. Ha llegado el momento. A juzgar por el bullicio reinante, debemos encontrarnos en una cétrica avenida. No creo que Joe, pasados los primeros momentos de estupor, se atreva a utilizar la pistola. Barlow no es tan tonto como para ordenarle una cosa así. Sus sistemas son otros. «Hay que hacer las cosas de la manera más legal posible», suele decir. Mi entierro, por ejemplo, es una prueba de la impecable legalidad con que Barlow se desenvuelve en la vida.

He dicho que ha llegado el momento. Así es, en efecto. Doy el primer empujón a la tapa del ataúd. Cruje, pero no se abre.

Vuelvo a empujar. Nada.

No va a resultar fácil. Un sudor frío me invade y siento que estoy a punto de perder el conocimiento.

Descanso. ¿Y si esperase hasta el cementerio? Allí, Mairin me brindará sin duda una oportunidad.

Me veo corriendo en pijama sobre las tumbas seguido de cerca por Joe y por Barlow. Les resultaría muy fácil darme caza y convencerme de que el deber de un muerto es permanecer en el ataúd.

Si llegamos al cementerio antes de que yo haya logrado hacer saltar la tapa, puedo darme por perdido. Si salimos del bullicio de la ciudad, me resultará más difícil escapar.

Doy un golpe, dos, tres. Golpeo con el puño, con la cabeza. Me mareo. Lucho por sobreponerme. Vuelvo a la carga.

De vez en cuando, el coche se detiene por las exigencias del tránsito. Redoblo mis esfuerzos. La fortuna no me acompaña.

¿Será posible? ¿Será verdaderamente éste el final de Nelson Braine? ¡No! ¡No puedo creerlo!

He de vivir. Empujo con las rodillas. La tapa se abomba, pero no cede.

Vuelvo a empujar. Pego un puñetazo. Sigo empujando. Voy a reventar. ¡Reventaré! Empujo más. Más. Más...

¡¡Trass!! La caja se ha abierto y la corona sale despedida fuera del coche. Sin perder un solo instante, me pongo de pie.

No he podido elegir mejor sitio. Estoy en plena plaza Suzuki, cerca del mercado chino. Conozco el barrio. ¡Tanto mejor! Salto del coche en marcha.

Un automóvil está a punto de atropellarme, frena en seco. El chófer me ve correr como un endemoniado, en pijama. El asombro no le permite emitir una sola palabra.

La gente que ha presenciado la escena se aparta aterrizada a mi paso.

—¡Un muerto! ¡Un muerto! —exclama una señora antes de desvanecerse. Y un guardia del tráfico toca el pito.

—¡Deténgase, Nelson! —oigo a mis espaldas. Es la voz de Joe. Corro más velozmente todavía. Tropiezo con un vendedor de globos y la mercancía, de bonitos colores, queda flotando sobre la plaza.

Nadie puede detenerme. Atravieso el mercado chino. Recorro, hasta perderme, una docena de pestilentes y solitarios callejones. Entro en un portal, y me desmayo.

Cuando recobro el conocimiento, estoy en los brazos de una voluminosa mujer que me abanica con una revista de modas.

—¿Quiere usted tomar una taza de café? Vivo aquí. En el primero. ¿Y usted? ¿Qué le ha ocurrido? Apuesto cualquier cosa a que ha tenido complicaciones con Eva.

Uno de mis lemas preferidos es: «Pregunta antes de contestar».

—¿Quién es Eva? —pregunto.

—¿Cómo? ¿No la conoce? ¡La vecina del tercero! Cuando le vi a usted aquí y en pijama, me dije: «Otra víctima de esa mujerzuela».

—Se ha portado muy mal conmigo —miento—. Figúrese que me ha sacado de la cama cuando todavía estaba dormido y me ha tirado por el hueco de la escalera.

—Tiene usted muy mala cara. Si me dijeran que acaba de salir de un ataúd, me lo creería.

Trato de sonreír. No lo consigo.

—Acepto el café —digo con dificultad. Y vuelvo a desmayarme.